

y los sarcasmos y burlas del que á su izquierda pendia de otra cruz; y tan profundamente humillada estaba que ni una mirada de enojo les dirige. ¡Ah! qué obediencia mas singular! Ella sabe que es voluntad de Dios se consume el sacrificio, y en vista de esto dice un Padre, sino hubiese habido verdugos, María por sus mismas manos le hubiese sacrificado. ¿Cómo así? ¿María que tan estrechísimamente amaba á su Hijo, y cuyos tormentos eran penetrantes espadas que dividian su corazon, hubiera tenido el valor y ánimo suficiente para ello? A esta pregunta contestaré con otra: Habiendo recibido Abraham la orden de Dios para sacrificar á su hijo querido Isaac, ¿no puso la leña sobre sus hombros, y formado el altar no le tendió en él, y levantó su brazo para dejar caer sobre cuello la cuchilla? ¿Y creéis por ventura que la Virgen sin mancilla, que escedió en virtudes á todos los justos, no fuese aun mas obediente á la voz de Dios que el Padre de los creyentes? Pensar de otro modo seria un absurdo; seria no conocer los designios de Dios hácia María, ni la grandeza, virtud y heroismo de la venturosísima Madre del Redentor. ¿Y qué diremos de su paciencia? ¡Ah! qué aquella del paciente de Hus al verse en el estado mas pobre y miserable, cubierto de heridas, no puede servirnos de punto de comparacion para expresar la de la Santísima Virgen al pié de la cruz de su Santísimo Hijo. Figuraos estar presenciando aquel trágico espectáculo: representaos á María regando el lugar aquel con sus copiosas lágrimas, asida fuertemente al leño sacrosanto de nuestra reparacion, y al ver su resignacion maravillosa no podreis menos de admirar lo heroico de su paciencia, y derramar lágrimas de ternura y compasion.

¡Oh Madre, la mas dolorosa de todas las madres! Con razon el padre San Gerónimo os llama mártir del amor y del dolor, y San Bernardo contemplándoos en el Calvario, dice que sois mas que mártir. Ahora es cuando me parece oirla esclamar con el mas triste y doloroso acento: «Mi dolor es sobre todo dolor; mi corazon está entristecido dentro de mí (1).» ¡Ah! con cuánta razon usaria de las espresiones del profeta de los lamentos: ¡Oh, vosotros, todos los que por aquí pasais, atended y ved si hay dolor que se iguale ó asemeje al que yo padezco! *¡Oh vos omnes qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor sicut dolor meus (2)!*

En efecto, Virgen purísima y reina de todos los mártires: no ha habido, no hay, no puede haber un dolor que pueda asemejarse á vuestro dolor: no hay una afliccion que pueda compararse con la vuestra. Ni la de aquella madre que oye la sentencia de Salomon de que su hijo sea dividido en dos partes para que fuese repartido entre ella y la fingida madre: ni el dolor de afliccion de Esther al saber el decreto de esterminio para su pueblo amado, arrancado á Asuero por la perfidia de Amán: ni el desconsuelo de Agár al ver que su hijo perecia de sed: ni la amargura de Respha al ver pendientes de las cruces á sus hijos: ni... ¿Pero qué mas? Yo creo que si vuestro dolor se repartiese entre todas las criaturas que pueblan el universo, todos moririamos á la vehemencia del dolor.

¡Ah! contempladla, cristianos, y oidla como os dice en su afliccion. Es verdad que yo soy la criatura mas colmada de gracia y de virtud, pero no me lla-

(1) Dolor meus super dolorem, in me cor meum moerens. Ferem. cap. VIII, v. 18.

(2) Thren. cap. I, v. 12.

meis hermosa, llamadme amarga, porque el Todopoderoso me ha llenado en extremo de amargura. *Ne vocetis me Noemi, sed vocate me amaram, quia amaritudine valde replevit me Omnipotens* (1). Dolor amargo fue en efecto el de María al pié de la Cruz. ¿Y dudais vosotros de que no le haria mas amargo el oír las blasfemias que á su Hijo dirigian los verdugos, el conocimiento anticipado de los cristianos, que relajados en sus costumbres, habian de repetir aquellas execrables blasfemias? Sí, mis hermanos, el claro conocimiento que tenia de los pecados gravísimos de muchos cristianos, concurrió, como dice el erudito Cartagena, á hacer mas intenso el dolor de su corazón (2). Vamos, pues, á entrar en el exámen de esta verdad, y veremos claramente la ingratitud de aquellos que rehuevan cada dia con sus blasfemias y perversas costumbres este dolor de la Santísima Virgen. Continúad vuestra atención.

SEGUNDA PARTE.

Si observamos, mis amados hermanos, nuestras costumbres y modo de obrar, veremos que distamos mucho de ser como es nuestro deber, buenos cristianos, ó mejor diré, vendremos en el conocimiento de que deshonramos el cristianismo. Si concurrimos con buena voluntad al templo, y al mismo tiempo la soberbia domina nuestros corazones, vivimos apartados de Jesucristo que nos prescribe y enseña la humildad. Si frecuentamos los santos Sacramentos, y lejos de servirnos este pasto espiritual para nuestra correccion y

(1) Ruth. cap. I, v. 20.

(2) Carthag. hom. 3.

enmienda, seguimos con la amistad que nos pierde, ó con el vicio que nos domina, somos unos sacrílegos profanadores de las cosas mas santas. Tal vez vivimos tranquilos porque cumplimos con algunos de nuestros deberes, por mas que nos olvidemos de los mas principales, ó vivimos sin temor porque damos algunas limosnas, aunque tengamos el corazón entregado á los placeres del mundo y estemos en conciencia de pecado mortal.

Estas vanas persuasiones no dejan de ser errores de gran bulto, que cada dia aumentan el número de los réprobos: para ser buenos, para ser verdaderos cristianos es necesario reunir todas las virtudes, así como para ser la contraposicion de los discípulos de Jesucristo, basta tan solamente un vicio ó una costumbre contraria á las leyes del Evangelio. En confirmacion de esto, decidme; si un cristiano cree en todos los misterios y cuanto la Iglesia nos manda creer, menos en uno, ¿no será hereje como si todos los negase? Así de este modo es pecador, falta á su Dios y se hace reo de pena eterna, aquel cristiano, que practicando algunas virtudes, está envuelto en un vicio que no quiere dejar por mas que conozca que él le lleva á su ruina.

Hay por desgracia no pocos cristianos, que interpretando á su antojo la ley de Dios, fórmanse una religion á su capricho. No exajero. Recorred el cuadro social, encontrareis egoistas codiciosos, cuyos corazones se hallan enteramente metalizados: los vereis asistir diariamente al santo sacrificio de la misa, á la predicacion de la divina palabra y á cuantos ejercicios de piedad se practican en la Iglesia: no faltarian a nada de esto porque se creerian en mala con-

ciencia: sus lenguas, lejos de emplearse en la blasfemia ó murmuracion, entonan los cánticos sagrados de la Iglesia, y se asustarian tal vez si les habláseis de asistir á un espectáculo ó diversion, aun de las mas lícitas. Pero habladles de sus criminales negocios; decidles que es contraria á la ley de Dios la usura con que se enriquecen á costa de la necesidad ajena, y os presentarán mil argumentos para justificarse: os dirán que no es mucho el interés que exigen si se atiende á las contingencias á que se espone de perder sus intereses, y queriendo hacer aparecer como virtud lo que es una verdadera maldad, querrán persuadiros que son unos bienhechores de la humanidad, toda vez que están prontos á enjuagar las lágrimas del desvalido. Funesto error de fatales consecuencias. Vereis otros, que no mirando con ese apego los bienes de fortuna, y conociendo el deber de la caridad fraterna, están prontos para hacer bien y con sus limosnas llevan el consuelo á familias atribuladas: tambien estos son vistos en el templo y están adornados de virtudes religiosas y civiles; pero decidles que rompan los lazos pecaminosos que les unen con otras personas de diverso sexo, que se aparten, ó se unan con los lazos del matrimonio, con aquella mujer con quien viven de un modo contrario á lo que Dios manda, y no tardarán en contestaros que no dan escándalo y que no conviniéndoles por fines particulares la union sacramental, no se hallan con fuerzas suficientes para romper sus relaciones. Los que así, ó de modo semejante obran, viven sin conocer que á pesar de las buenas obras que practican, son el contrasentido de la vida cristiana, y caminan por cuesta resvaladiza que concluye en el infierno.

Dejo á vuestro juicio el decidir si estos cuadros son exagerados, ó si es real y verdaderamente lo que sucede con la mayor frecuencia por desgracia. ¿Y qué diremos de otros muchos que dando al olvido la ley de Dios no en una sino en todas sus partes, viven de un modo gentilico, y así blasfeman de Dios, como blasfemáran los judíos al ver á Jesucristo pendiente de la Cruz? ¿Calificaremos á estos de cristianos? Diremos que son miembros de la Iglesia de Jesucristo por mas que estén bautizados? ¡Ah! esto que sucede á cada paso, esta escandalosa corrupcion de costumbres que se observa en el pueblo cristiano, veiala la Santísima Virgen con la superior inteligencia que la distinguia, y esta representacion era, como dijimos, la que hacia mas amarga su pena y afliccion, cuando inmóvil al pié del leño sacrosanto de la Cruz contemplaba con el corazon partido de dolor lo mucho que costaba al Hijo de sus entrañas la redencion de la humanidad, y la ingratitud monstruosa de muchos cristianos que no queriéndose aprovechar del fruto de la divina sangre, habian de renovar los insultos, blasfemias y desacatos de los hijos del deicida pueblo. ¿Será posible, hijo de mi alma, esclamaria vertiendo un torrente de amargas lágrimas, que tantos azotes, tantos golpes, tan innumerables heridas, tantos insultos y una muerte tan cruel sufrida por el hombre, sea mirada por el hombre mismo con indiferencia ó con desprecio? ¿Será posible que no obstante tu sacrificio se quieran condenar las criaturas? ¡Qué ingratitud! ¡Qué nuevo cuchillo para el corazon de tu desconsolada Madre!

Ahora, mis hermanos, ni Jesucristo se halla pendiente de la Cruz, ni María está presenciando la tragedia lúgubre del Calvario. El Hijo ocupa glorioso su

trono en el empíreo, y la Madre otro trono inmediato al suyo y á mas altura que todos los bienaventurados, y aun los mismos espíritus angélicos, lugar que mereció por sus grandísimas virtudes. ¿Y creéis que ahora ama María menos á su Divino Hijo que cuando ambos vivian entre nosotros? ¿Y creéis que sea menos celosa por su gloria? No podeis hacer tan absurda suposicion. Y si tanto martirio sufrió la Señora al presenciar en el Gólgotha los tormentos de Jesus; si tanto, como hemos visto, se afligia al escuchar las blasfemias é insultos del insolente populacho: si su dolor se aumentó con la prevision de la ingratitude de las criaturas, ¿no renovaremos su dolor con nuestra anticristiana conducta?

Vosotros sabeis, y esto ciertamente os llena de consuelo, que el Salvador nos dejó á la Santísima Virgen por madre en el árbol de la Cruz; que por esta feliz herencia somos elevados á la dignidad de hijos adoptivos de María y hermanos de Jesucristo, que es nuestro padre y nuestro libertador. ¡Cuán necesaria nos es la proteccion de esta amorosa Madre! Medianera de intercesion entre nosotros y su Divino Hijo, está pronta á alcanzarnos las gracias y favores que necesitamos. Su Hijo, que la ama con un amor sin límites, nada la niega de cuanto le pide, por lo que confesando San Anselmo su poder, esclama en el fervor de su devocion: María acude á Dios no rogando, sino mandando. ¿Qué, pues, podrá faltarnos si María nos patrocinara, si nos acoge bajo su manto de misericordia? ¿Temeremos acaso á cuantos enemigos puedan rodearnos? Pero ¡ay! cristianos! ¿Cómo estará dispuesta la Santísima Virgen á protegernos y á dispensarnos sus bondades, si nosotros renovamos con nuestras malas costumbres sus dolores? ¿Cómo nos alcanzará el objeto de

nuestras súplicas, si menospreciamos la ley de su Santísimo Hijo? ¿Cómo se mostrará con nosotros cuál solícita madre, si somos hijos rebeldes é ingratos? Si somos verdaderos devotos de María, si compadecemos sus dolores y suspiramos por su proteccion, necesario es que procuremos arreglar nuestra vida, enmendar nuestras costumbres y vivir en pureza y santidad, al modo que Jesucristo nuestro Redentor y Maestro nos prescribe. Obrar de otro modo es renunciar de Jesucristo y de su Madre, y ser crueles para con nosotros mismos, optando por la condenacion.

Para ello procuremos tener siempre presentes los tormentos y muerte de Jesus y los dolores de María. Cuando la tentacion nos cerque, recordemos lo mucho que costó nuestra redencion: fijemos nuestra consideracion en el Calvario, y el recuerdo del sacrificio que allí ofreciera el Salvador á su Eterno Padre por nosotros, será una medicina eficaz que nos apartará del mal, y nos hará entrar en el cumplimiento de nuestros deberes.

Virgen dolorosísima, llenos del mas grande pesar reconocemos que hemos sido ingratos á vuestro Santísimo Hijo, no habiéndonos aprovechado hasta ahora de los méritos de su pasion y muerte: hemos pecado, hemos quebrantado la divina ley, y os suplicamos, misericordiosísima Señora y Madre nuestra, por su muerte y vuestros dolores, que os digneis presentarle nuestras lágrimas y arrepentimiento, y nos alcanceis el perdon y la gracia, para que viviendo en adelante como verdaderos cristianos, y meditando en la tierra su pasion y vuestros dolores, consigamos un dia la feliz posesion de la bienaventuranza de la gloria. Amen.